

Carta contra el olvido

Willa

Juan, amor mío,

Ahora que te has ido a jugar tu partida de mus, aprovecho para escribirte esta carta. Si anduvieras por casa no sería capaz, siempre estás pendiente de mí y de mis silencios; como lo estábamos cuando los chicos eran pequeños y nos alarmaba no oírlos. «Qué estarán tramando tan callados, seguro que nada bueno», decías siempre aunque, al final, era yo la que me levantaba para ir a ver.

Meses llevo sin abrir este ordenador y sentarme a escribir; las palabras se me escapan como arena entre los dedos, sin que yo pueda atraparlas. Por eso, si me vieras delante de él, intentando expresarlas, tu optimismo te llevaría a negar la realidad. Una vez más. También por eso te quiero.

Pensarás que es ridículo que te escriba una carta en tu rato de ausencia, si en unas horas estaremos juntos. Pero Juan, vida mía, antes de que mis recuerdos huyan del todo y llegue a olvidar mi amor por ti, necesito amarrarlos a esta página en blanco. Aunque hilar cada frase me agote, aunque hilvanar las sílabas que cosan las palabras que busco me suponga el esfuerzo del niño que aprende sus primeras letras. Tengo miedo, Juan, porque sé que te perderé y no porque te marches. El olvido es aún peor que la ausencia.

Casi cincuenta años juntos y te he ido queriendo más cada día, tengo que decírtelo mientras sea capaz. Cuando celebremos nuestras bodas de oro, que los chicos ya andan planeando, te entregaré esta carta como si fueran mis votos de amor renovados. Por si para entonces no recuerdo haberla escrito, se la entregaré a nuestra hija. Ella sabe guardar secretos como nadie.

Ay, Juan, sabes que siempre tuve miedo a la vejez; no por el deterioro físico, sino por esta terrible enfermedad que te vacía por dentro como si tu vida nunca hubiera existido para ti. Como le ocurrió a tu pobre madre. Ella, siempre tan coqueta, siempre dispuesta a salir y a contarnos miles de anécdotas... Se sabía la vida y milagros de toda la ciudad, con nombres y apellidos, hasta que su memoria se fue evaporando para no volver. Al final ni a ti te reconocía, y tú llorabas como un niño al volver a casa después de estar con ella.

Por eso, ahora que aún puedo encontrar palabras simples con las que expresarme, quiero recordar mi vida junto a ti y dejarte retazos de ella en estas páginas, los que pueda amarrar con letras. Es probable que me lleve horas hacerlo, o varias tardes, pero hoy me siento lúcida y aprovecho.

Te reías de mí cuando dejé de encontrar nombres a las cosas más cotidianas y utilizaba los pronombres neutros. «Pásame eso, por favor», te decía para que me acercases la sal o el aceite mientras comíamos. Y tú jugabas conmigo entre risas sin

alcanzármelo. «A ver, empieza por a y termina en te...». Pero yo nunca fui despistada, que va; llevaba la casa y mi trabajo en la cabeza, me sabía de memoria todos los números de teléfono de mi familia y de la tuya... Tú no te sabías ni el mío.

Por eso fue una sorpresa el diagnóstico, y tú quisiste una segunda y una tercera opinión. Pero ahí está, empezando poco a poco mi olvido sin remedio.

Te quiero, Juan. Te lo he dicho multitud de veces, casi cada día, porque sabes que yo soy de abrazar, de achuchar, de besar en cualquier momento solo porque me apetece. Contigo siempre, mi amor. Cada mañana, cuando oigo el exprimidor del zumo desde la cama y asomo perezosa por la cocina, deseando compartir un desayuno más contigo, me inunda una ternura sin paliativos por ese hombre al que he visto encanecer a mi lado, y te abrazo como el primer día. Me pregunto si dejaré de hacerlo.

Éramos unos críos cuando nos casamos, mi padre intentó convencernos de que esperásemos a tener el futuro más resuelto. Pero nosotros estábamos locos por vivir juntos y eso requería pasar por la iglesia; eran otros tiempos. Buscamos aquel apartamentito minúsculo, pero con un gran balcón al parque, que nuestros padres nos ayudaron a amueblar. Recuerdo, aún puedo, la primera noche que nos instalamos y abrimos una botella de champán, regalo de alguien, en nuestra mesita al aire libre, con los árboles de fondo como un gran decorado. Una de las sillas, de segunda mano, se rompió y yo me senté en tu regazo. Casi me desnudaste del todo allí mismo...

He sido muy feliz contigo, Juan. Mejor dicho, soy muy feliz contigo. Cuando Elena, la última en marcharse, se fue a vivir a Londres y nos quedamos solos, en esta casa preparada para cinco, empezamos de nuevo una vida para nosotros dos. Llena de proyectos nuevos, de paseos diarios compartidos, de escapadas románticas, sí, románticas, a pequeños hoteles perdidos en medio de la nada. Tardes de invierno en casa, tú con tus películas y yo intentando pergeñar historias, cortas o largas, delante de uno de mis cuadernos o de la pantalla... A cada rato entrabas en el estudio, en silencio, y me dabas un beso en el cuello. Solo eso y, sin embargo, era todo para mí.

Por eso, querido Juan, recuerda siempre que te he amado, que te amo cada día de mi vida y que te seguiré amando cuando ya no sea consciente de que lo hago. Entonces, cuando ya no sea capaz de decírtelo, busca esta carta y léela junto a mí.